

sistentes ataques, tenaces, paralizaban el normal abastecimiento de víveres, municiones y hombres. Su objetivo era el de romper la cerrada defensa francesa que a través de los cordones que unían a Madrid, sede real y base central del estado mayor imperial y real, con los diferentes ejércitos, atacando continuamente las pequeñas guarniciones que ocupaban pueblos y aldeas situados en las cercanías de las carreteras generales que desde la capital se extienden hacia toda España, establecidas para defender y asegurar las comunicaciones, así como también atacar a los destacamentos encargados de asegurar el enlace entre guarnición y guarnición. Se podía asegurar que en todos aquellos lugares la bandera roja ondeaba en lo alto de los campanarios, como símbolo perenne de la actividad guerrillera y así continuarían hasta que la ocupación por sorpresa o el necesario abandono de la plaza obligaran a arriarla.

El día 20 de enero lord Wellington ganó la plaza de Ciudad Rodrigo y con ella el título ducal de dicha ciudad otorgado por los gobernantes españoles. Era el principio de su famosa ofensiva del año 1812. No estaba ocioso Palarea porque el 16 de febrero combatía en Yébenes y el 29 en Lillo. Este encuentro significaba una nueva dirección de marcha y en efecto, siete días después se acercaba, dentro de la provincia de Cuenca, al partido judicial de la capital, luchando en Villar del Horno y Narros, y en el puente de Zafra de Záncara y Villar del Aguila (partido jud. de Huete), donde ganó nuevos triunfos. Su campo de acción se ensanchaba al trote victorioso de su caballo. La provincia de Cuenca venía a redondear su circuito. Segovia, Avila y Toledo, con Madrid en el centro y sus ramificaciones a las provincias circunvecinas de Extremadura y Ciudad Real integraban el círculo trazado por los triunfos del médico de Villaluenga.

Conservamos otro testimonio francés de la actuación del coronel Palarea, es del capitán de Húsares Hipólito de Espinhal que, en sus Recuerdos Militares, narra su viaje desde Bayona a Sevilla escuchando un convoy, viaje que le llevó dos meses. En marzo de 1812 el capitán francés llegaba a Madrid con 1.500 hombres de infantería, artillería y lanceros polacos. Continuó su interrumpido viaje para hacer alto en Aranjuez, donde pudo admirar la casa del Labrador y los muebles, objetos raros y curiosos, tapices, cuadros, brocados y sedas que contenía y de las que hace digno elogio, pero los escuadrones del Médico le obligaron a abandonar pronto su amorosa deleitación con un inesperado ataque que le hizo volver a la triste realidad para contemplar los cadáveres de 64 de

